

ALO LARGO DEL CAMINO

A LO LARGO DEL CAMINO

Notas y ensayos de un turista

por

Aldous Huxley



Leer y Viajar

INTERfolio

Clásico

PRIMERA PARTE

DEL VIAJE EN GENERAL

Y... ¿POR QUÉ NO QUEDARSE EN CASA?

Hay quien viaja por negocio y hay quien lo hace en busca de salud. Mas no son ni los enfermos ni los hombres de negocios quienes llenan los grandes hoteles a la vez que los bolsillos de sus propietarios, sino aquellos que viajan «por placer», según suele decirse. Lo que Epicuro –que no viajaba jamás excepto cuando era desterrado– buscaba en su propio jardín, es lo que intentan hallar nuestros turistas en el extranjero. Y... ¿encuentran efectivamente su felicidad? Quienes frecuentan los lugares en donde se reúnen los turistas han de verse bastante forzados a formularse esta pregunta con una tentadora respuesta en sentido negativo. Y es que tales viajeros son, en su mayor parte, una tribu de aspecto muy melancólico. He visto caras mucho más risueñas en un funeral que en la plaza de San Marcos. De los turistas, la mayoría llega tan sólo a ofrecer un aspecto realmente feliz cuando sus componentes logran unirse en grupo y fingir, durante una breve y precaria hora, que se encuentran en su tierra. Uno se pregunta qué les impulsará a acudir al extranjero.

De hecho son muy pocos los viajeros a quienes realmente les gusta viajar. Si los demás se exponen a las molestias y a los gastos del viaje no lo hacen tanto por curiosidad, por diversión o porque les gusta ver cosas bellas y extrañas como por una especie de fachendosa rivalidad. La gente viaja impulsada por la misma razón que la mueve a coleccionar obras de arte: por ver que lo hace la mejor gente. El haber estado en ciertos puntos de la superficie terrestre es algo socialmente correcto y, por haber estado en ellos, uno es superior a quienes no lo han logrado. Además el viajar proporciona a quien lo hace materia para sus comentarios cuando llega luego a su casa. Los temas de conversación no son tan numerosos como para que pueda despreciarse semejante oportunidad de acrecentar el propio almacenaje.

Para justificar esta fachendosa rivalidad se ha ido elaborando gradualmente toda una serie de mitos. Los lugares que, para ser socialmente elegante, hay que haber visitado se ven aureolados de una especie de fascinación y hasta logran aparecer, ante quienes no han estado en ellos, como tantas otras fabulosas Babilonia o Bagdad. Aquellos que han viajado tienen un interés personal en cultivar y diseminar tales fábulas. Y lo tienen por el siguiente razonamiento: si realmente París y Montecarlo son algo tan maravilloso, como es norma general entre los habitantes de Bradford o Milwaukee, Tomsk y Bergen es de suponer que también lo sean, pues ¡claro!, mayor es el mérito de los viajeros que verdaderamente han logrado visitar esos lugares y tanto más enorme es su superioridad sobre los que se han quedado en sus casas. A esta razón se debe (y también a la de que favorecen a los propietarios de hoteles y compañías navieras) el que las fábulas se mantengan vivas con tanta aplicación.

Pocas cosas resultan más patéticas que el espectáculo de los inexpertos viajeros, criados en el respeto a esos mitos,

realizando desesperadamente sus mayores esfuerzos para que la realidad externa concuerde con la fábula. Confiados en los mitos y –menos conscientemente– en nombre de la jactanciosa rivalidad, abandonaron sus hogares. El admitir una desilusión ante la realidad sería como reconocer su propia necesidad al haber creído en las fábulas y vendría en detrimento de su mérito al haber emprendido el peregrinaje. Entre los cientos de miles de anglosajones que frecuentan los clubs nocturnos y salones de baile de París hay, sin duda, una buena cantidad de ellos a quienes genuinamente les gusta esta especie de cosa; pero hay también muchísimos a quienes les disgusta. En sus corazones, secretamente, se encuentran aburridos y un poco disgustados. Mas como han sido educados en la creencia de un fabuloso «París alegre», en donde todo es delirantemente emocionante y en donde, de un modo exclusivo, resulta posible el ver lo que técnicamente se conoce como «La Vida», con pleno conocimiento se esfuerzan, al llegar a París, en ser alegres. Noche tras noche los salones de baile y los burdeles se ven atestados de serios y jóvenes compatriotas de Emerson y Matthew Arnold formalmente ocupados en tratar de ver la vida, ni muy firmemente ni con mucha entereza, a través de las nieblas en continuo espesamiento de Heidsieck y Roederer.

Aún son más valerosamente determinadas sus compañeras, pues ellas, en su mayor parte (a menos que sean extremadamente «modernas»), no cuentan con que Roederer las asista en la tarea de descubrir que París es muy alegre. El espectáculo más triste que he visto en mi vida fue el presenciado en una *boîte* de Montmartre a eso de las cinco de una mañana de otoño: sentadas a una mesa, en una esquina del vestíbulo, se encontraban tres chicas americanas completamente desatendidas, arriesgadamente entregadas a ir viendo la vida por sí mismas. Frente a ellas, sobre la mesa, se veían las clásicas botellas de champ-

ña, pero en honor a la preferencia –acaso por principio– las chicas iban sorbiendo limonada. La orquesta de jazz tocaba de un modo monótono, el extenuado batería dormitaba sobre sus tambores, el saxofonista bostezaba junto a la boquilla de su instrumento. Por parejas, en vacilantes grupos, iban desfilando los asistentes. Pero, obstinadamente, indomables a despecho de su fatiga, a despecho del cansancio que tan claramente se pintaba en sus rostros encantadores e ingenuos, las tres jovencitas permanecían sentadas a su mesa. Seguían allí cuando yo abandoné el local a la hora de la salida del sol. «¡La de historias que contarán cuando vuelvan a sus hogares!», reflexioné. «¡Y qué envidia les darán a sus amigas que no emprendieron el viaje con ellas!: París es algo maravilloso...»

A los parisinos la fábula les reporta varios cientos de miles de millones de buen dinero y por ello le otorgan una generosa publicidad; el negocio es el negocio. Con todo, si yo fuera gerente de un salón de baile instalado en Montmartre, creo que les indicaría a mis camareros que desempeñaran sus papeles con un poco más de convicción. «Hijos míos –les diría– es preciso que adoptéis un aspecto que dé a entender vuestra creencia en la fábula a base de la cual nos estamos ganando la vida. Sonreíd, estad alegres. Vuestra presente expresión, que es una mezcla de cansancio, disgusto y desprecio por la clientela y cínica rapacidad, no resulta nada inspiradora. Cualquiera día los clientes estarán lo suficiente serenos para advertirlo. Y ¿qué pasará entonces?»

Pero París y Montecarlo no son los únicos puntos de peregrinaje. Están también Roma y Florencia. En ellas se encuentran galerías de cuadros, iglesias y ruinas, así como tiendas y casinos. Y la jactancia que dictamina que uno debe sentir gusto por el arte –o, para ser más preciso, que uno debe haber visitado los lugares en donde el arte puede admirarse– es casi tan tirana

como aquella que le exige a uno visitar los lugares en donde puede verse la vida.

Todos nosotros estamos más o menos interesados por la vida, incluso en la algo hedionda porcioncita de ella que puede encontrarse en Montmartre. Pero el gusto por el arte –o en cualquier caso el gusto por la especie de arte que se halla en las galerías e iglesias– no es ni mucho menos universal. Por ende, el caso de los pobres turistas quienes –por motivos de vanidad– visitan Roma y Florencia es aún más patético que el caso de aquellos quienes por las mismas razones acuden a París y Montecarlo. Los turistas «al hacer» una iglesia ostentan una máscara de obediente interés; pero ¡qué cansancio! ¡qué extremado agotamiento de espíritu aflora con gran frecuencia a sus ojos! Y la extenuación se siente interiormente, de un modo más agudo, a causa, precisamente, de la necesidad de estimular esa arrobadora atención, de llegar incluso a caer en hipócritas éxtasis contemplando las cosas que en el *Baedeker* vienen marcadas con varias estrellas. Llega un momento en que la carne y la sangre no pueden ya soportar el esfuerzo. La filistea adulación se niega en absoluto a pagar el tributo que debe al gusto. Exasperado y arrogante, el turista jura que no volverá a poner los pies en otra iglesia y que prefiere pasarse los días en el salón de descanso del hotel, leyendo el *Daily Mail*.

Recuerdo haber presenciado una de estas rebeliones en Venecia. Una compañía de lanchas motoras anunciaba ciertas excursiones de una tarde a la isla de Torcello. Encargamos nuestras plazas y a la hora fijada partimos en compañía de siete u ocho turistas más. Romántica en su desolación la isla de Torcello surgía de la laguna. Los lancheros atracaron la embarcación junto a uno de los lados del oscilante muelle. A unos cuatrocientos metros hacia el interior, a través del campo, se erigía la iglesia que contiene algunos de los más bellos mosaicos de

Italia. Saltamos a tierra todos nosotros con la excepción de una pareja americana de firmes convicciones la cual, al enterarse de que el objeto de interés en aquella isla era únicamente una iglesia más, decidió permanecer cómodamente sentada en el bote hasta que regresara el resto del grupo de excursionistas. Yo les admiré por su firmeza y su honradez. Pero al mismo tiempo me parecía ser una cosa bastante melancólica el que hubieran recorrido todo aquel trecho y gastado todo aquel dinero, simplemente por el placer de permanecer sentados en una lancha atada a un muelle pútrido. Y, sobre todo, me dije que todavía se encontraban tan sólo en Venecia: su martirio italiano apenas había comenzado. Les era preciso admirar aún Padua, Ferrara, Rávena, Bolonia, Florencia, Siena, Perugia, Asís y Roma, con todas sus innumerables iglesias y cuadros, antes de que –una vez alcanzada finalmente la bendita meta de Nápoles– pudiera permitírseles embarcar de nuevo en el trasatlántico que había de conducirles al hogar. «¡Pobres esclavos!» –pensé–. «¡Qué dueño más exigente!»

Damos a tales personas el nombre de viajeros porque no se quedan en sus casas. Pero no son genuinos viajeros; es decir, viajeros natos. Y es que viajan, no por atender al viaje sino a los convencionalismos; salen de sus hogares alimentados de fábulas y fantásticas esperanzas para regresar a ellos, tanto si lo confiesan como si no, desilusionados. Como su interés en lo real y actual es insuficientemente vívido, se aferran a la mitología, y los hechos, por muy curiosos, por muy bellos y variados que sean, les resultan una desilusión. Es tan sólo la compañía de sus camaradas de turismo –con quienes conspiran de vez en cuando para formar un pequeño oasis hogareño en la selva extranjera– aunada con la consciencia de haber realizado un deber social, lo que les mantiene incluso moderadamente alegres al afrontar los deprimentes hechos que el viaje comporta.

El ejemplar de viajero legítimo, por otra parte, se siente tan interesado por las cosas reales que no encuentra necesario creer en fábulas. Es insaciablemente curioso, amante de lo desacostumbrado en atención a su misma falta de familiaridad; le complace toda manifestación de la belleza. Sería absurdo, naturalmente, afirmar que nunca se aburre pues resulta prácticamente imposible el viajar sin aburrirse a veces. Para el turista una buena parte de casi todos los días queda necesariamente vacía. Ya para comenzar, gran parte del tiempo ha de gastarse en el mero ir y venir de un lugar a otro y luego, cuando se han visto las curiosidades, el observador se encuentra físicamente extenuado y sin nada de particular que hacer. En el hogar, entre las ocupaciones habituales de uno, no hay forma de aburrirse. El *ennui*, el aburrimiento, es esencialmente una sensación de los tiempos de ocio. ¿Es que no viene a ser la enfermedad crónica de los desocupados? A esta misma razón se debe el que el verdadero viajero ejemplar encuentre que el aburrimiento es más agradable que penoso, pues es el *símbolo* de su libertad, de su excesiva libertad. Acepta su hastío cuando este surge, no meramente de un modo filosófico, sino casi con agrado.

Para el viajero nato, el viajar es un vicio acosador. Al igual que los otros vicios resulta imperioso, exigiendo de su víctima tiempo, dinero, energía y el sacrificio de su comodidad. El vicio formula sus demandas y el viajero nato las satisface de buen grado, incluso con ansiedad. Muchos vicios, pudiera añadirse entre paréntesis, exigen considerables sacrificios y abnegación. No hay mayor error que el suponer que una vida viciosa es una existencia de placer ininterrumpido. Es una vida casi tan extenuante y penosa –si se lleva de un modo tenaz– como la de Christian en *El avance del peregrino* (*The pilgrim's progress*). La diferencia primordial entre Christian y el hombre vicioso consiste en que el primero obtiene algo de sus rigores –lo obtie-

ne ya de momento, en forma de un cierto bienestar espiritual, para no hablar de cuanto pueda alcanzar en aquella Jerusalén tristemente problemática que existe más allá del río—, en tanto que el segundo no logra nada como no sea, acaso, la gota o una insana parálisis general.

El vicio de viajar, hay que reconocerlo, no comporta necesariamente en sí estas dos enfermedades particulares, como tampoco ciertamente enfermedad alguna, a menos que su errátil afición le lleve a usted a lugares tan lejanos como los trópicos. No ocasiona enfermedades corporales, pues el viajar no es un vicio del cuerpo (al cual mortifica), sino de la mente. El ejemplar de viajero por amor al viaje es, al igual que el ejemplar del lector sin método, un hombre adicto a la autoindulgencia mental.

Así como todos los demás viciosos, el lector y el viajero tienen todo un arsenal de justificaciones a las cuales acuden para defenderse. La lectura y el viaje, afirman, amplían los horizontes mentales, estimulan la imaginación y son una educación liberal, etc. Estos argumentos son tan innumerables como ambiguos, y prueba de ello es el que nadie suele quedar muy impresionado al oírlos. Y es que, si bien pudiera ser del todo verdad, para cierta gente, que la lectura sin método y el viaje sin propósito son educativos con largueza, no obedece a esta razón el que la mayoría de verdaderos lectores y viajeros natos se entreguen a sus gustos. Leemos y viajamos, no para lograr la amplitud y mayor riqueza de nuestras mentes sino para llegar a olvidarnos, de un modo agradable, de su existencia. Nos gusta leer y viajar porque ambas cosas son dos de los más deliciosos entre los muchísimos sucedáneos del pensar. Son unos substitutos sofisticados y algo rarificados: este es el motivo por el cual no constituyen una diversión para todos. El lector o viajero congénito es uno de estos espíritus tan fastidiosos que no

llegan a encontrar jamás las distracciones que requieren ni en las apuestas, ni en el mahjong, como tampoco en la bebida, el golf o los fox-trots.

Existen unos cuantos, muy pocos, que viajan, y puestos a precisar, que leen con un propósito y un sistema definido. Es esta una clase moralmente admirable. Y es la clase a la cual pertenecen, en general, las gentes que logran algo en el mundo. No obstante no es cosa que ocurra siempre, ni mucho menos. Y es que ¡ay, dolor! uno puede tener un propósito muy alto y un carácter magnífico, pero en cambio, carecer de talento. Algunos de los viajeros y lectores más indulgentes para consigo mismos, y más carentes de propósitos, han sabido cómo aprovechar sus vicios. La lectura inconexa era el pecado acosador del doctor Johnson, el cual leía cualquier libro que le viniera a mano y ninguno hasta el final. Y sin embargo, su triunfo no fue escaso. Hay viajeros frívolos como Beckford, que han recorrido el mundo entregándose a su vana curiosidad con un propósito casi igualmente bueno. La virtud tiene en sí misma la recompensa, pero ¿no ocurre a veces que los frutos que el talento sabe recoger resultan ligeramente agrios?

En mí el viajar es francamente un vicio. La tentación a entregarme a él me resulta casi tan difícil de resistir como la tentación de entregarme a la lectura de un modo promiscuo, omnívoro y carente de propósito. De vez en cuando, es cierto, formulo una resolución desesperada de corregir mi manera de actuar, trazo programas de lecturas útiles y serias, trato de convertir mis errabundos viajes en sistemáticas giras a través de la historia del arte y de la civilización. Pero no suele acompañarme el éxito. Transcurrido un corto plazo vuelvo a caer en mis viejos malos hábitos. ¡Deplorable debilidad! Intento consolarme con la esperanza de que incluso mis vicios podrán serme quizá mañana de provecho.